

EL PODER CURATIVO DE LAS CRISIS

LA EXPERIENCIA TRASCENDENTE EN RELACIÓN CON LA RELIGIÓN Y LA PSICOSIS

por R. D. Laing

La iluminación fue haciéndose cada vez más luminosa, y el fragor fue creciendo en intensidad; tenía la sensación de ser mecido y entonces me sentí como si me deslizara fuera de mi cuerpo, completamente rodeado por un halo de luz... Sentía el punto de conciencia que yo era haciéndose más grande, rodeado por olas de luz... hasta llegar a ser todo conciencia, sin ningún contorno ni apéndice corporal, sin ningún sentimiento ni sensación procedentes de los sentidos, inmerso en un océano de luz... Ya no era yo mismo o, para ser más preciso, ya no era como me conocía hasta entonces: un punto de conciencia encerrado en un cuerpo, sino un vasto círculo de conciencia en el que el cuerpo no era mas que un punto, inundado de luz y en un estado de exaltación y felicidad imposibles de describir.

Gopi Krishna, Kundalini, el yoga de la energía

Aunque la idea de que las psicosis son enfermedades mentales que pueden ser entendidas en términos médicos, y que deben ser tratadas con medios biológicos, está muy extendida y es muy influyente, no es unánimemente aceptada. Muchos teóricos y muchos médicos clínicos han ofrecido explicaciones importantes del proceso psicótico que son de naturaleza puramente psicológica, y han desarrollado estrategias de tratamiento fuera de la medicina.

Otros han sugerido que el papel dominante jugado por el modelo médico en el enfoque de las psicosis no puede justificarse científicamente, ya que no se han encontrado causas específicamente biológicas para la mayoría de los estados que tratan los psiquiatras. Así pues, la situación actual no refleja el estado de la cuestión, sino una variedad de factores de naturaleza histórica, política, legal y económica. Thomas Szasz, uno de los más destacados representantes de este punto de vista, ha llegado incluso a hablar y escribir acerca del “mito de la enfermedad mental”.

En su único ensayo sobre la psicosis, el psiquiatra escocés R.D. Laing combina una penetrante crítica de la sociedad occidental con una comprensión psicológica y un tratamiento innovadores de aquel estado. Él es probablemente una de las figuras más radicales y controvertidas en el campo de la psiquiatría, y es autor de una serie de libros que desafían las raíces mismas del pensamiento psiquiátrico moderno. Laing es considerado normalmente como representante de la “antipsiquiatría”, movimiento iniciado por el médico y psicoterapeuta sudafricano David Cooper, aunque éste rechaza esta etiqueta.

Según Laing, las psicosis no pueden ser entendidas como procesos biológicos anormales dentro del cuerpo humano, sino como productos de patrones perturbados de la comunicación humana. Reflejan problemas de relación básica de los individuos, los pequeños grupos y la sociedad como un todo.

Las ideas de Laing representan una desviación radical y revolucionaria de la corriente principal del pensamiento psiquiátrico. Los “cuerdos” no son realmente cuerdos, y los psicóticos no están tan locos como parecen. La sociedad moderna está fundada en la negación del ser y de la experiencia; está peligrosamente enajenada, y los psicóticos no pueden adaptarse a ella, por encontrar insoportables sus normas y valores.

Las personas psicóticas son individuos cuya experiencia total de vida está dividida, porque tienen una conexión insatisfactoria con el mundo y con la sociedad humana, así como una relación fragmentada con su ser. Su retirada al mundo de las fantasías proporcionadas por el inconsciente es una huida de una realidad que ellos encuentran inaceptable. La consecuencia es una existencia incompleta, caracterizada por el miedo, la desesperación, la soledad y una sensación de aislamiento.

Estas personas se sienten irreales y desconectadas del sentido común del mundo, así como de sus propios cuerpos, hasta tal punto que su identidad y su autonomía están siempre en cuestión. Su miedo de perderse es tan agotador y abrumador que desemboca en una preocupación por la propia supervivencia, en lugar de mantener un interés por la autosatisfacción. Laing llama a este fenómeno “la inseguridad ontológica”.

Según Laing, los psiquiatras no prestan la debida atención a las experiencias interiores de los psicóticos, porque las consideran incomprensibles y patológicas. Sin embargo, una observación atenta y un estudio cuidadoso muestran que estas experiencias tienen un profundo significado y que el proceso psicótico puede ser curado. Laing cree que, en muchos aspectos, los psicóticos tienen más que enseñar a los psiquiatras que éstos a sus pacientes. La “ceremonia psiquiátrica” del examen, el diagnóstico y el tratamiento invalida a los clientes como seres humanos e interfiere en el potencial curativo de su propio proceso.

La estrategia psicoterapéutica de Ronald D. Laing, que sustituye al tratamiento biológico, subraya la importancia de la interacción y de la relación humanas, tanto de persona a persona como a una escala ampliada a todo un equipo terapéutico. Se consideran válidas, importantes y llenas de significado las experiencias que surgen del inconsciente. Aceptarlas y respetarlas facilita la comunicación y conduce hacia la curación. Según Laing, deberían acondicionarse sitios especiales en los que la gente recibiera el apoyo y la comprensión que facilitan el proceso de curación.

R.D. Laing nació en 1927 en Glasgow, Escocia, y estudió en la Universidad de esta ciudad, donde obtuvo su licenciatura de medicina. Su introducción al mundo de los pacientes mentales tuvo lugar durante los dos años en que prestó sus servicios como psiquiatra en el ejército británico. De 1956 a 1962, dirigió la investigación clínica en el Instituto de Relaciones Humanas Tavistock de Londres.

Entre 1962 y 1965, fue director de la Clínica Langham de Londres; fue entonces cuando fundó la Kingsley Hall Clinic, donde dirigió un experimento único en su género de tratamiento de pacientes psicóticos sin medicamentos inhibitorios. Posteriormente continuó estas actividades basadas en su filosofía terapéutica en la Asociación Philadelphia, organización dedicada a los problemas de psicosis y centrada en la terapia, así como en la educación de los profesionales y del público mediante conferencias y publicaciones. Hay que destacar que en 1973 Laing pasó un año en Ceilán estudiando Budismo Teravada y practicando meditación Vipassana. En la última década, ha dividido su tiempo profesional entre la escritura, la práctica privada, y el trabajo como consultor y conferenciante.

*Laing es autor de muchos artículos en revistas profesionales y de los libros *The Self and Others*, *Reason and Violence*, *Knots*, *The Voice of Experience*, *El yo dividido*:*

un estudio sobre la salud y la enfermedad (F.C.E., 1980), La política de la experiencia. El ave del paraíso (Crítica, 1978), Las cosas de la vida: un ensayo sobre los sentimientos (Crítica, 1981), El cuestionamiento de la familia (Paidós, 1986) y la obra autobiográfica Razón, demencia y locura: la formación de un psiquiatra (Crítica, 1986).

En el artículo que publicamos a continuación, Laing va más lejos del simple reconocimiento de la importancia psicológica del contenido inconsciente de las experiencias psicóticas. Reconoce y acentúa explícitamente el valor del aspecto trascendente de dichas experiencias y la importancia fundamental de la dimensión espiritual de la vida humana. Su exposición sobre la importancia histórica de las experiencias visionarias, y sobre la necesidad urgente de trazar claramente la diferencia entre la patología y el misticismo, es de una gran relevancia para la cuestión de la emergencia espiritual.

Debemos recordar que vivimos en una época en la que el terreno que pisamos está cambiando y los fundamentos en los que nos basamos se están resquebrajando. No puedo hablar sobre otros tiempos y lugares. Tal vez haya sido siempre así. Pero lo cierto es que hoy día es así.

En estas circunstancias, todos tenemos motivo para estar inseguros. Cuando está en cuestión la base misma de nuestro mundo, corremos a escondernos en cualquier agujero: nos refugiarnos en los roles, los estatus, las identidades y las relaciones interpersonales. Intentamos vivir en castillos que no pueden ser sino castillos en el aire, porque no existe un terreno firme en el cosmos social sobre el que construirlos. Tanto el sacerdote como el médico son testigos de este estado de cosas. A veces, cada uno ve el mismo fragmento de la situación desde un prisma diferente; frecuentemente nos preocupamos por representaciones diferentes de la misma catástrofe que está en el origen de todas ellas.

En este artículo me gustaría relacionar las experiencias trascendentes que, a veces, desembocan en psicosis, con aquellas experiencias de lo divino que constituyen la Fuente Viva de todas las religiones.

He explicado en otras ocasiones la manera en la que algunos psiquiatras comienzan a disolver sus categorías médico-clínicas de entender la locura. Creo que si nosotros, los sacerdotes y los médicos, podemos empezar a comprender la cordura y la demencia en términos sociales existenciales, estaremos más capacitados para ver con mayor claridad con qué amplitud nos enfrentamos a los problemas ordinarios.

Los principales términos clínicos para los tipos de locura a los que todavía no se han encontrado lesiones orgánicas, son la esquizofrenia, las psicosis maniaco-depresivas y la depresión involutiva. Desde el punto de vista social, definen de manera característica diferentes formas de comportamiento que nuestra sociedad considera desviadas. Las personas que se comportan así lo hacen porque se viven a ellos mismos de manera diferente. Quisiera concentrarme en el significado existencial de esta vivencia no ordinaria.

Una vivencia cae dentro de la clasificación de locura cuando traspasa los horizontes de nuestro sentido común, es decir, de nuestro sentido comunitario.

¿A qué regiones de la experiencia conduce esto? Supone una pérdida de los fundamentos ordinarios del "sentido" del mundo que compartimos unos con otros. Los viejos propósitos ya no parecen viables. Los viejos significados pierden su sentido; las distinciones entre imaginación, sueños y percepciones externas no parecen funcionar como antes. Tal vez los acontecimientos externos parezcan conjurarse de manera

mágica. Los sueños pueden parecer comunicaciones de otras personas: la imaginación puede sustituir a la realidad objetiva.

Pero lo más radical de todo es que los mismos cimientos ontológicos se ven sacudidos. Se desplaza la esencia de los fenómenos y la realidad del ser puede que no se presente ya como antes. La persona se sumerge en un vacío de no-ser en el cual se hunde. No hay apoyos, nada a lo que agarrarse, excepto, tal vez, algunos restos del naufragio, unos pocos recuerdos, nombres, sonidos, uno o dos objetos, que mantienen un vínculo con un mundo perdido hace tiempo. Esta nada puede no estar vacía. Tal vez esté poblada de visiones y voces, fantasmas, formas extrañas y apariciones. Nadie que no haya experimentado hasta qué punto puede ser insustancial el espectáculo de la realidad externa, hasta qué punto puede ser descolorido, puede percibir las presencias sublimes y grotescas que pueden reemplazarla o existir a su lado.

Cuando una persona se vuelve loca, tiene lugar una profunda transposición de su posición en relación con todos los aspectos de la existencia. Su centro de experiencia se desplaza del ego al Ser. El tiempo ordinario se vuelve simplemente anecdótico, sólo importa lo Eterno. El loco, no obstante, está confuso. Confunde el ego con el centro del ser, lo interno con lo externo, lo natural con lo sobrenatural. Sin embargo, con frecuencia puede ser para nosotros el hierofante de lo sagrado, incluso a través de su desgracia y desintegración. Exiliado de la escena de la existencia tal como la conocemos nosotros, es un extraño, un alienígena, que nos señala desde el vacío en el que está naufragando. Este vacío puede estar poblado de presencias con las que ni siquiera podemos soñar. Se solía llamarlas demonios y espíritus, a los que se conocía y que tenían nombre. El loco ha perdido su sentido de sí mismo, sus sentimientos, su lugar en el mundo que conocemos. Nos dice que está muerto. Pero nosotros somos distraídos de nuestra cómoda seguridad por este fantasma loco que nos obsesiona con sus visiones y voces, que parecen tan sin sentido y que nos impulsan a liberarle, limpiarle y curarle.

La locura no tiene por qué ser sólo un *desmoronamiento*. También es un *salto adelante*. Constituye potencialmente una liberación y una renovación, y también una esclavitud y una muerte existencial.

Existe actualmente un número cada vez mayor de testimonios de personas que han atravesado la experiencia de la locura. (Véase, por ejemplo, la antología *The Inner World of Mental Illness*, editado por Bert Kaplan en Harper and Row, Nueva York, 1964). Quisiera citar extensamente uno de los primeros informes contemporáneos, tal como lo recoge Karl Jaspers en su *General Psychopathology* (Manchester University Press, 1962):

Creo que yo mismo me causé la enfermedad. En mi intento de penetrar en el otro mundo, encontré a sus guardianes naturales, la encarnación de mi propia debilidad y de mis faltas. Al principio pensé que estos demonios eran habitantes inferiores del otro mundo, que podían jugar conmigo como con una pelota, porque fui a estas regiones sin preparación y me perdí. Después pensé que eran partes desgajadas de mi propia mente (pasiones), que existían cerca de mí en su propio espacio y medraban a costa de mis sentimientos. Creía que todo el mundo también las tenía, pero que no las percibían, gracias al engaño protector y eficaz de la sensación de existencia personal. Pensaba que éste era un artificio de la memoria, de los complejos imaginados..., un muñeco agradable de mirar desde fuera, pero con nada real en su interior. En mi caso, mi ser personal se ha desarrollado con poros a causa de mi conciencia confusa. Con ella quería acercarme a las fuentes superiores de la vida. Me debería haber preparado para esto durante un largo periodo de tiempo, invocando dentro de mí un yo

superior e impersonal, ya que el “néctar” no está hecho para los labios mortales. Éste actuó de manera destructiva sobre el yo humano-animal y lo dividió en pedazos. Desintegrados éstos poco a poco, el muñeco quedó realmente roto y el cuerpo dañado. Yo había forzado inoportunamente la “fuente de la vida”, y la maldición de los dioses recayó sobre mí. Reconocí demasiado tarde que habían intervenido elementos tenebrosos. Tuve conocimiento de ellos cuando ya tenían demasiado poder. No había vuelta atrás posible. En ese momento había conseguido el mundo de los espíritus que quería conocer. Los demonios surgieron del abismo, como el guardián Cerbero, negando el acceso a los no autorizados. Entonces decidí emprender una lucha a vida o muerte. En última instancia, esto significaba para mí la decisión de morir, puesto que había dejado de lado todo lo que sostenía al enemigo, pero que era también todo lo que sostenía la vida. Yo quería entrar en la muerte sin volverme loco y le planteé a la Esfinge: ¿o entras tú o entro yo en el abismo; Entonces vino la iluminación. Mediante el ayuno penetré en la verdadera naturaleza de los que me seducían. Eran alcahuetes e impostores de mi querido yo personal que carecían totalmente de realidad. Emergió un yo más amplio e inclusivo y pude abandonar mi anterior personalidad con todo lo que la rodeaba. Vi que esa personalidad anterior nunca hubiera podido entrar en los reinos de la trascendencia. Como consecuencia, sentí un terrible dolor, como un golpe aniquilador, pero fui rescatado, y los demonios se fueron consumiendo, se desvanecieron y perecieron. Comenzó para mí una nueva vida y desde entonces me sentí diferente de las demás personas. Un yo que estaba hecho de mentiras convencionales, imposturas, autoengaños, imágenes de recuerdos, un yo exactamente como el de las demás personas creció de nuevo en mí, pero detrás y por encima de él se mantenía un yo más grande y englobante, que me imprimió con algo que es eterno, inmutable, inmortal e inviolable, y que desde entonces ha sido mi protector y mi refugio. Creo que es bueno que muchas personas se familiaricen con este yo superior y que existan personas que han alcanzado de hecho esta meta por caminos menos dolorosos.

Jaspers comenta: “Estas autointerpretaciones han sido obviamente hechas bajo la influencia de tendencias a la ensoñación y de poderosas fuerzas psíquicas. Proviene de vivencias profundas y la riqueza de estas experiencias psicóticas invita, tanto al observador como al meditabundo paciente, a no tomarlas como un simple revoltijo de contenidos caóticos. La mente y el espíritu están contenidos tanto en la vida psíquica enfermiza como en la sana. Pero interpretaciones de este tipo deben ser despojadas de toda importancia causal. Para lo más que pueden servir es para arrojar luz sobre su contenido y para ponerlo en alguna especie de contexto”.

Yo más bien diría que este paciente ha descrito, con una lucidez que yo no podría superar, una Búsqueda, con sus trampas y peligros, que al final él parece haber trascendido. Incluso el mismo Jaspers habla todavía de esta experiencia como enfermiza, descartando la propia reconstrucción del paciente. Personalmente, tanto la experiencia como su reconstrucción me parecen válidas en sus propios términos.

Tengo que aclarar que estoy hablando de determinadas experiencias trascendentes que a mí me parece que constituyen la fuente original de todas las religiones. Algunas personas psicóticas tienen experiencias trascendentes. Normalmente nunca las habían experimentado antes –al menos las más elevadas–, y lo más probable es que no las vuelvan a tener. Con esto no quiero afirmar, sin embargo, que la experiencia psicótica contenga forzosamente este elemento de trascendencia con más nitidez que la experiencia cuerda.

La persona transportada a estas regiones de la conciencia probablemente actúe de una manera rara. En otras ocasiones he descrito con más detalle las circunstancias que parecen originar este arrebato, al menos en algunos casos, y la burda mistificación que cometen el lenguaje y el pensamiento de la medicina clínica, cuando ésta se pone a considerar el fenómeno de la locura, tanto en su aspecto de hecho social como en su aspecto de experiencia existencial.

Puede que el esquizofrénico esté ciertamente loco. Está loco. No está enfermo.

Personas que han atravesado la experiencia de la locura me han contado cómo les había supuesto un verdadero maná caído del cielo lo que les había sido revelado durante aquélla. Tal vez haya cambiado toda la vida de la persona, pero es difícil no dudar de la validez de dichas visiones. Además, no todo el mundo vuelve entre nosotros.

¿Son estas experiencias simplemente los reflejos de un proceso patológico o de un tipo particular de alienación? Yo no creo que lo sean.

A pesar de que se hayan hecho todo tipo de críticas a las diferentes escuelas de psicoanálisis y a la psicología profunda, uno de sus grandes méritos es el de reconocer explícitamente la relevancia fundamental que tiene la experiencia de cada persona respecto a su comportamiento externo, en especial la relevancia del llamado “inconsciente”.

Lo que tanto Freud como Jung llamaron “inconsciente” es simplemente aquello de lo que no somos conscientes, dada nuestra enajenación históricamente condicionada. No es necesaria o esencialmente inconsciente.

No estoy simplemente hilando paradojas sin sentido cuando digo que nosotros, los cuerdos, estamos fuera de nuestras mentes. La mente es aquello de lo que el ego es inconsciente. Nosotros somos inconscientes de nuestras mentes. Nuestras mentes no son inconscientes. Nuestras mentes son conscientes de nosotros. Pregúntese a sí mismo quién es el que –o qué es lo que– sueña nuestros sueños. ¿Nuestras mentes inconscientes? El Soñador que sueña nuestros sueños conoce mucho más de ellos que nosotros mismos. Sólo desde una posición singular de alienación puede experimentarse como “Eso” el origen de la vida, la Fuente de la Vida. La mente de la que somos inconscientes es consciente de nosotros. Somos nosotros los que estamos fuera de nuestras mentes. No tenemos por qué ser inconscientes de nuestro mundo interno.

La mayor parte del tiempo no nos damos cuenta de su existencia.

Pero muchas personas entran en él –infortunadamente sin guías, confundiendo las realidades externas con las internas, lo interior con lo exterior– y normalmente pierden su capacidad de funcionar eficazmente en las relaciones ordinarias.

Esto tiene que ser así. El proceso de entrar en el otro mundo desde éste, y de volver a este mundo desde el otro, es tan “natural” como la muerte y el nacimiento. Pero en nuestro mundo actual, que es tan inconsciente y está tan aterrorizado por el otro mundo, no es sorprendente que cuando la “realidad”, la fábrica de este mundo, estalla y la persona entra en el otro mundo, ésta se halle completamente perdida y asustada, y sólo encuentre la incomprensión de los demás.

En algunos casos, un ciego de nacimiento puede operarse y ver de nuevo. El resultado con frecuencia es infelicidad, confusión y desorientación. La luz que ilumina al loco es una luz inverosímil, pero no creo que sea una proyección, una emanación de su ego ordinario, sino que ha sido irradiado por una luz que es más fuerte que él y que puede quemarle.

Este “otro” mundo no es fundamentalmente un campo de batalla en el que fuerzas psicológicas, procedentes o desviadas de su objeto original, sublimadas o desplazadas del mismo, estén comprometidas en una lucha ilusoria; aunque bien es

verdad que dichas fuerzas pueden oscurecer las realidades internas, lo mismo que pueden oscurecer las llamadas realidades externas. Cuando en *Los hermanos Karamazov*, Iván dice: “Si Dios no existe, todo está permitido”, no está diciendo: “Si mi superego, en una forma proyectada, puede ser abolido, puedo hacer cualquier cosa sin remordimientos”. Lo que está diciendo es: “Si *únicamente* existe mi conciencia, entonces no existe una validación definitiva para mi voluntad”.

La tarea correcta del médico (psicoterapeuta o analista) debería ser, en casos escogidos, sacar a la persona de este mundo e introducirla en el otro, guiarla a través de él y traerla de vuelta.

Uno entra en el otro mundo rompiendo un caparazón: a través de una puerta, o de una división; las cortinas se apartan o se levantan: se alza un velo. No es lo mismo que un sueño. Es “real”, de una manera diferente a un sueño, imaginación, percepción o fantasía. Siete velos: siete sellos, siete cielos.

El “ego” es el instrumento para vivir en este mundo. Si “el ego” se rompe o es destruido (por las contradicciones insuperables de ciertas situaciones de la vida, por las toxinas, los cambios químicos, etc.), la persona puede quedar expuesta a ese otro mundo.

El mundo en el que se entra y la capacidad de experimentarlo parecen estar parcialmente condicionados por el estado en que se encuentre el “ego”.

Nuestra época se distingue, más que por ninguna otra característica, por el dominio, el control, del mundo externo y por un olvido casi total del mundo interno. Si se valora la evolución humana desde el punto de vista del conocimiento del mundo externo, entonces estamos progresando mucho.

Si la estimamos desde el punto de vista del mundo interno, y de la unidad de lo interno y lo externo, entonces el juicio tiene que ser diferente.

Fenomenológicamente, los términos “interno” y “externo” tienen poca validez. Pero en todo este campo uno se ve reducido a simples expresiones verbales –las palabras son simplemente el dedo que señala a la luna. En los tiempos que corren, una de las dificultades de hablar de estos temas consiste en que, hoy día, se pone en cuestión la existencia misma de las realidades internas.

Por realidades “internas” entiendo aquéllas que no tienen normalmente una presencia “externa”, “objetiva”: las realidades de la imaginación, los sueños, las fantasías, los trances, las realidades de los estados contemplativos y meditativos... Realidades de las que el hombre moderno, por lo general, no es en absoluto directamente consciente.

Por ejemplo, en ninguna parte de la Biblia existe ningún argumento acerca de la *existencia* de dioses, demonios y ángeles. En un principio, los seres humanos no “creían en” Dios: experimentaban Su Presencia, y lo mismo ocurría con otras realidades espirituales. La cuestión no era si Dios existía o no, sino si ese Dios concreto era el más grande entre todos, o el único existente. En la actualidad, lo que se discute públicamente no es la fiabilidad de un determinado Dios, su puesto concreto en la jerarquía espiritual entre los diferentes espíritus, y cuestiones similares, sino si Dios y dichos espíritus existen, o incluso si han existido alguna vez.

Hoy día, la cordura parece basarse en gran medida en la capacidad de adaptarse al mundo externo –el mundo de las relaciones interpersonales, el terreno de la colectividad humanas.

Como este mundo externo está casi alienado por completo de lo interno, cualquier conciencia personal directa del mundo interno comporta graves riesgos.

Pero como la sociedad está *hambrienta* de lo interno, aunque no sea consciente de ello, es enorme la demanda de la gente de evocar su presencia de una manera

“normal”, de una manera que no tenga que considerarse como algo demasiado formal; pero la ambivalencia es también muy intensa. No es sorprendente, pues, que sea larga la lista de los que han naufragado en estos arrecifes, digamos que en los últimos ciento cincuenta años: Hölderlin, John Clare, Rimbaud, Van Gogh, Nietzsche, Antonin Artaud, Strindberg, Munch, Bartók, Schumann, Büchner, Ezra Pound...

Los que sobrevivieron han tenido cualidades excepcionales –una capacidad para el secreto, sagacidad y astucia– y una valoración totalmente realista de los riesgos que corren, procedentes no sólo de los territorios espirituales que frecuentan, sino también del odio de sus semejantes hacia cualquiera que se dedica a esta clase de búsqueda.

Vamos a *curarlos*. Al poeta que confunde a una mujer real con su Musa y actúa en consecuencia... Al joven que se embarca en un yate a la búsqueda de Dios...

Lo externo divorciado de cualquier iluminación proveniente de lo interno se encuentra en un estado de oscuridad. Estamos en la edad de la oscuridad. El estado de las tinieblas exteriores es un estado de pecado, es decir, de alienación o separación de la Luz interior. Determinadas acciones conducen a una mayor separación; otras ayudan a no estar tan alejados. Las primeras son malas; las segundas son buenas.

Son legión las maneras de perderse. La locura es ciertamente una de las menos ambiguas. La contralocura de la psiquiatría kraepeliniana es exactamente la contrapartida de la psicosis “oficial”. Literalmente y hablando absolutamente en serio, ésta es igualmente loca, si por locura entendemos una enajenación de la verdad subjetiva u objetiva. Recordemos la locura objetiva de Sören Kierkegaard.

Actuamos tal como experimentamos el mundo. Nos comportamos a la luz de lo que es y de lo que no. En otras palabras, cada persona es más o menos un ingenuo ontológico: cada persona tiene su punto de vista sobre lo que es y lo que no es.

A mí me parece que no existe ninguna duda sobre el hecho de que se han producido profundos cambios en la experiencia del ser humano en los últimos mil años. En algunos aspectos, esto es más evidente que los cambios producidos en sus pautas de comportamiento. Todo lleva a sugerir que el ser humano tuvo la vivencia de Dios. La fe nunca consistió en creer en su existencia, sino en confiar en la Presencia que había sido experimentada y se sabía que existía como un dato que se validaba a sí mismo. Parece bastante probable que muchas personas hoy día no experimentan la Presencia de Dios, ni la Presencia de su Ausencia, sino que viven la ausencia de su Presencia.

Necesitamos una historia de los fenómenos, y no simplemente más fenómenos de la historia.

En su estado actual, el psicoterapeuta secular hace frecuentemente el papel del ciego que conduce al medio ciego.

La fuente no se ha agotado, la Llama todavía brilla, el Río todavía fluye, el Manantial todavía brota, la Luz no se ha extinguido. Pero entre *nosotros* y Eso existe un velo que parece como diez metros de hormigón. *Deus Absconditus*. O somos nosotros los que hemos huido.

Ya todo en estos tiempos está dirigido a clasificar y a separar esta realidad de los hechos objetivos. En esto consiste precisamente el muro de hormigón. Tenemos que abrirnos camino a través de este sólido muro desde el punto de vista intelectual, emocional, interpersonal, organizativo, intuitivo y teórico, incluso a riesgo de sumergirnos en el caos, la locura y la muerte. Porque el riesgo se halla *a este lado* del muro. No existen seguridades ni garantías.

Muchas personas están preparadas para tener fe en el sentido de una creencia científicamente indefendible en una hipótesis no comprobada. Pocas han tenido suficiente confianza para comprobarla por sí mismas. Muchas personas hacen creer que tienen la experiencia. A pocas se les hace creer por su propia experiencia. Pablo de

Tarso fue tomado por el pescuezo, arrojado al suelo, y cegado durante tres días. Esta experiencia directa se validaba a sí misma.

Vivimos en un mundo secular. Para adaptarse a este mundo el niño abdica de su éxtasis (*L'enfant abdique de son extase* –Mallarmé–). Después de haber perdido nuestra vivencia del Espíritu, todavía se espera que tengamos fe. Pero esta fe se convierte en la creencia en una realidad que no es evidente. Existe una profecía en Amós de que vendrá un tiempo de hambre en la tierra, “no hambre de pan o sed de agua, sino de *escuchar* la palabra del Señor”. Este tiempo ya ha llegado. Es la época actual.

Desde el punto de partida alienado de nuestra pseudocordura, todo es equívoco. Nuestra cordura no es “verdadera” cordura. Su locura no es “verdadera” locura. La locura de nuestros pacientes es un artificio de la destrucción que nosotros les causamos, y que ellos se causan a sí mismos. No hagamos suponer ya a nadie que encontramos “verdadera” locura ni que estamos verdaderamente cuerdos. La locura que encontramos en los “pacientes” es un gran travestismo, una burla, una caricatura grotesca de lo que puede ser la curación natural de esa integración enajenada que llamamos cordura. De una manera u otra, la verdadera cordura supone la disolución del ego normal, ese falso yo competentemente adaptado a nuestra realidad social alienada. Supone la emergencia de los mediadores arquetípicos “internos” del poder divino y, mediante esta muerte y renacimiento, junto al restablecimiento posterior de una nueva forma de funcionar del ego, que éste se convierta entonces en el servidor de lo Divino, dejando ya de traicionarle.